

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Momentos estelares de la Semana Santa

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | memoria

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Guillermo Sánchez

Momentos estelares de la Semana Santa

el paseo, 2026

FOTOS DE CUBIERTA: El divulgador de la historia de Málaga y geógrafo Anton Ozomek halló diversas fotografías antiguas en la página suiza Eidgenössische Technische Hochschule Zürich o Instituto Federal de Tecnología de Zúrich (ETH Zürich). Según la ficha aportada por el ETH Zürich, los negativos estaban datados en marzo de 1932. David Varea Fernández encontró uno de ellos que «contenía una leyenda manuscrita en tinta blanca que estaba sin positivar» que informaba de la fecha y su localización, «Semana Santa Sevilla 1932», y rescató una secuencia fotográfica realizada al paso de la Hermandad de la Estrella por la calle San Pablo, camino de la Carrera Oficial. Arnold Heim fue un prestigioso y reconocido geólogo y naturalista suizo nacido en Zúrich en 1882 y fallecido en 1965.

© Guillermo Sánchez, 2026

© de las fotografías: (fuente indicada en los pies)

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2026

www.elpaseoeditorial.com

Colección Memoria

1.ª edición: febrero de 2026

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas y maquetación: Jesús Alés

Corrección: Alejandro Gago

Impresión y encuadernación: GRÁFICAS LA PAZ

I.S.B.N. 978-84-19188-85-4

DEPÓSITO LEGAL: SE-860-2026

CÓDIGO THEMA: NHT; WQ

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

Triquitraque (a modo de prólogo)	11
El viacrucis de la Cruz del Campo y el Santo Crucifijo de San Agustín	15
En Cuaresma o por rogativas	15
El renombre del Santo Crucifijo	17
«Mi Sevilla odiada», el silencio de Mateo Alemán	19
Descendimiento, Santo Entierro y Resurrección en los Humeros	24
Un hermano de la Vera Cruz llamado Felipe II	29
Marcos Cabrera «rompe el molde» (1575)	31
La Soledad, el primer paso de palio	34
Martínez Montañés ve salir por primera vez a su Señor de Pasión	37
La primera zancada del Gran Poder (Juan de Mesa, 1620)	40
La muerte de Martínez Montañés y la salida del Cristo de San Agustín (La epidemia de 1649)	45
Las investigaciones	45
La cuarentena	46
Las muertes de Montañés y Vázquez de Leca	50
La salida del Cristo de San Agustín	52
De Caño Quebrado a San Buenaventura, la Santa Cruz de Pedro Roldán	55
Un hermano llamado Pedro Roldán	56
Zurbarán y el Cristo de la Ventana	59
Leyenda y realidad del gitano Cachorro	61

«Que por donde iban los blancos, irían los negros» (Salvador de la Cruz)	64
La gran redada (1749) y la fundación de los Gitanos (1753)	68
La gran redada	68
La fundación de los Gitanos	70
El prodigioso sudor derramado por el Gran Poder (1766)	72
El fin de los disciplinantes (1777) y la invención del alba (1779)	74
Los disciplinantes	74
«La invención del alba»	76
Las procesiones de rogativas por la fiebre amarilla (1800)	79
El reloj de las Cinco Llagas (1725) y la rebelión a las puertas del hospital (1846)	84
La O cruza el puente de barcas (1830)	91
«A nada se parece y con nada puede compararse» (El primer Santo Entierro Grande, 1850)	95
Cigarreras, Macarena y Siete Palabras contra viento y marea en 1873	101
Una estación de penitencia sobre ruedas (el Gran Poder, 1875)	105
Virgen del Valle, la marcha que se extingue como un susurro	107
La primera huelga de costaleros (1901)	111
«Spes Nostra», la «saeta» de López Farfán	114
Los últimos reyes de Portugal en la Semana Santa (1909)	118
Una coronación popular y única (1913)	123
«Aletear de palomas blancas» en un duelo de saetas (1919)	127
Ha muerto Joselito: la Macarena se viste de luto (1920)	133
Font de Anta sale al encuentro de «Amarguras»	137
«Estoy escuchando lo que veo y viendo lo que escucho» (Stravinsky, 1921)	143
Regreso al Miércoles Santo	144
Un músico sin melenas	147
...Y la venta de Antequera	150
«Soleá, dame la mano» por la reja de la cárcel del Pópulo	152

Lorca y Falla oyen una saeta de la Niña de los Peines (1922)	154
Esperanza de Triana: una, ninguna y cien mil	160
Una, ninguna...	161
... Y cien mil	161
Las Aguas: alma, corazón y vida en Triana	164
El Dulce Nombre de «Mariquita» García Cos	167
El primer besamanos (y primer besapiés) de una dolorosa (1925)	173
Antonio Chacón, «papa del flamenco», canta doce saetas seguidas en San Gil	176
Una saeta y dos disparos a la «Estrella de la mañana» (1932)	178
«La esquirola»	181
Semana Santa sin cofradías y marchas por megafonía (1933)	188
«Teoría y realidad»: memoria de una piedra sepultada entre ortigas	189
«El Cristo del Expolio, ¡más inocente que yo!» (Antonio Perea)	194
«El Penitente» salva al Cachorro «mosquetón en mano»	199
Rafael Franco inventa el terno, el cuadrante y la «igualá»	202
El récord de la cuadrilla de los ratones (1945)	205
«Al cielo con Ella» (El Balilla, 1952)	208
El clavel que Bobby Deglané regaló a la Esperanza de Triana	210
Los regresos del Gran Poder	213
El regreso a los orígenes	214
El regreso a la frontera	214
El regreso a San Juan de Dios	216
El regreso a la Campana	218
Montserrat cede sus costaleros a la Soledad y hace historia (1972)	220
Los Estudiantes salen a la calle con hermanos costaleros (Martes Santo, 1973)	223

«Mi Cristo para Sevilla» (Ortega Bru)	227
Un huérfano de la guerra	229
El pregón del poeta Juan Sierra (Ucronía)	234
Domingo de Ramos: la nostalgia de lo no vivido	240
Al son de «Tu frialdad» y otros vientos de libertad	244
Las hermanas nazarenas toman las calles	246
Siguiendo la estela de fray Carlos Amigo	248
«¡Olé los que huelen a canela y clavo!» (Alberto Gallardo)	252
El encuentro de las Esperanzas en la catedral (1995)	253
Los antecedentes históricos de las «carreritas»	255
La voz rota de Loreto, el redoble de Hidalgo y un poema de Pascual	258
Morante de la Puebla, el heredero de Pepe Hillo en el Baratillo	260
«Trastévere en Roma y Triana en Sevilla»: el Cachorro de Aquilino Duque	262
La mítica salida de San Esteban	267
Rezaré ante Vos, como Silvio (a modo de epílogo, a la Virgen de los Desamparados)	269

Triquitraque (a modo de prólogo)

Triquitraque. El poder evocador de las palabras. Al ver a un niño jugando con triquitraque en la calle General Pardiñas de Madrid, el poeta sevillano Rafael Montesinos rezó:

Y tú, Señor Mío Jesucristo, regrésame a mi edad más querida
para que, andando por mi infancia, vuelva a encontrarme contigo
y mantenme siempre niño, siempre, siempre, hasta el fin de mi
vida, amén.

¿Cuántos siglos caben en las horas de un niño...?, se preguntó el poeta. Hoy vuelvo a ser el niño que repartía caramelos y risas. Soy el mismo niño de triquitraque y cruz de mayo, de piola y abejorro, de zapateros y lagartijas, de lima y billarda, de bolas de barro, cristal y acero... El mismo niño viene hoy a contaros los siglos que caben en la hora de un niño.

*Vuelvo al edén perdido de Ocnos
para añorar el tiempo impalpable,
para palpar cosas indecibles,
para decir las cosas que siento,
para sentirme como en el recreo,
para recrear mi imaginario,
para habitar este territorio
que nunca ocupa lugar ni tiempo,
la patria inaprensible y difusa
que hallo en una humareda de incienso
y el llameo de una candelera.*

Soy un patriota de la nostalgia que se pregunta: ¿Será cierto que la ciudad que amamos solo existe en nuestros sueños...? Es cierto, al menos, que hay destinos humanos ligados con un lugar y con un paisaje. Por eso abrazo hoy mi destino: este modo cernudiano de ser sevillano, sentado al borde de una fuente donde se siente la vida como un embeleso inagotable, como la deseó Luis Cernuda para soñar otra vez su juventud.

¿Son tristes o alegres los patios de Sevilla...? Ortega y Gasset decía que la tristeza de un patio de Sevilla se asemejaba a la tristeza de las casas donde había muerto un niño cuando todavía acudían los vecinos a ver la carita de cera del cuerpecillo amortajado. Santiago Montoto le contestaba que no, que el aroma de las flores que se alzan en sus macetas y arriates es un placer solo permitido a los dioses: que Ortega no había oído el murmullo de surtidor de la fuente, ni el canto de las aves encerradas en sus jaulas...

Nuestros patios son alegres cuando el sol reticente se cuela entre los aledaños del tejado y llena el espacio vacío de luces tímidas y cegadoras, que colorean de ágata y diamante la sombra inhumana del capirote. ¿Cuántos siglos caben en la hora de un niño que espera, vestido de nazareno, el momento de recibir su cirio...? En fila también se ponen las umbrosas aspidistras y tras ellas, los cuencos de cobre con claveles del aire y lirios del agua, y las macetas de albahaca, lilas y rosas...

En el pregón de la Semana Santa del año en que nací, Francisco Sánchez Apellániz hablaba de esos otros pregones que se oían a la espera de la cofradía de San Esteban en la calle Caballerizas y en la plaza de San Ildefonso: «chucherías, avellanas, agua, risas de gente joven en cuyos ojos el amor enciende primaveras...». Manuel Chaves Nogales nos pedía que evocáramos y evocáramos hasta alcanzar el alma de la ciudad, y entonces así, atraparla toda entera; evocación de arenque ahumado, de pavías de bacalao, de rabanillo y regañá; evocación de inconmensurables pregones de mantillo «pa» las macetas, de almendras saladas y garrapiñadas; evocación de aquel viejo pregón de los panaderos de Alcalá, de los cisqueros a lomos de sus mulos, del aceitunero en su carrillo de mano: aceitunas gordales, «aliñás», verdes y «morás»; evocación de la felicidad que guarda el aroma del pestiño y la torrija, del merengue y la canela, de la gacha y la poleá...

Y como Manuel Chaves Nogales, evoco como si oyera la voz de mando de Juanillo Fatiga, como si oyera el sonido de un fliscorno en el «Spes Nostra» de López Farfán, como si oyera una saeta de Manuel Torre por la calle Feria al lado del poeta Juan Sierra, como si viera a Lorca y a Falla en San Gil mientras miran de reojo a la Niña de los Peines, que aprieta con su mano la estampa del Señor de la Sentencia antes de cantarle su saeta de cada madrugá... La Esperanza es el escrupulillo del cascabel que causa ese cascabeleo de ángeles que decía Joaquín Romero Murube que era su paso de palio.

Señora de nuestra vida, razón de felicidad, como reza el himno de Joaquín Caro Romero... Razón de felicidad, de la felicidad de ese niño que oye la campana del recreo y percibe que toda la eternidad cabe en un cuarto de hora y ya no siente aquel miedo infantil que irradiaba el cuento de Rascarrabias, el diablo que fue convertido en mono y asustaba a los niños con sus aullidos desde las murallas de la Macarena.

Creo en la palabra justa de la que hablaba Balzac. Creo en el orden justo que perseguía James Joyce. Creo en la palabra justa de Nuestro Señor Jesucristo y en el orden exacto de los días de la creación de Dios: la luz, la atmósfera y el firmamento, la tierra seca y las plantas, el sol, la luna y las estrellas, las aves y los animales, los animales terrestres y el hombre... Y al séptimo día descansó. Todo tiene su propósito. Dicen los astrónomos que la luz de estas galaxias es como la de una sopa celeste hirviendo a fuego lento. Me entretengo en buscar la yema de tus dedos tras el velo de polvo de las imágenes del telescopio, «la obra de tus dedos» de la que hablaba David en sus salmos. «En el principio creó Dios los cielos y la tierra y dijo Dios: Hágase la luz; y la luz se hizo. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas.»

Creo en el Dios que decidió hacerse hombre para redimir al género humano, aún a costa del desacuerdo, la rebelión y la guerra que por soberbia le declararon los ángeles caídos. Dios es alfa y omega, principio y fin de la existencia, pero la edad del universo es de casi catorce mil millones de años y todavía el telescopio espacial no alcanza a reflejar ese maravilloso momento. Como era en un principio, ya lo dijo Rafa Serna en su pregón, «cuando decidió que su reina, madre de Dios soberana, se llamase Macarena y naciera sevillana...».

Dice un salmo penitencial que el olvido es la muerte de las cosas y que escribirlas es resucitarlas. Eso mismo decía Stephan Zweig, que escribía «para combatir al implacable enemigo de la vida humana, la transitoriedad y el olvido». Decía el escritor austriaco que a veces la historia se comporta como una gran poetisa y dramaturga y nos regala momentos estelares que «resplandecientes e inalterables como estrellas, brillan sobre la noche de lo efímero». Advierte Zweig que han de transcurrir millones de horas inútiles para que se produzcan momentos estelares, pero así se comportan esos artesanos del tiempo, geniecillos de fábula, tal vez más dionisiacos que apolíneos, que trabajan en lo que Goethe llamó el «misterioso taller de Dios».



El Templete de la Cruz del Campo, antes de la reurbanización
(archivo Víctor J. González Ramallo).

El viacrucis de la Cruz del Campo y el Santo Crucifijo de San Agustín

Si bien no era el único viacrucis que se celebraba en la ciudad, se trataba del único que repartía indulgencias por rememorar los mil trescientos veintiún pasos (novecientos noventa y siete metros) que diera Jesús con la cruz a cuestas en Jerusalén, desde el pretorio de Pilatos al monte Calvario, pasando por la calle de la Amargura. Se trataba del viacrucis instaurado por don Fadrique Enríquez de Ribera, primer Marqués de Tarifa, que discurría entre el palacio de San Andrés (luego llamado Casa de Pilatos) y el humilladero de la Cruz de del Campo, en la principal calzada de entrada de la ciudad moderna.

Sevilla era llana, como la palma de la mano, pero mal empedrada y llena de trampas, de manera que la gente sorteaba las desigualdades del terreno y los grandes charcos, pisando cuidadosamente arrecifes y tablazones de madera. Las estaciones del viacrucis estaban representadas en un camino alargado como la fabulosa sombra de un ciprés, por donde seguían llegando a diario el pan, las hortalizas y el vino de la campiña de los Alcores. A lo ancho del paseo, entre el viaducto romano y las tapias de los conventos, se respiraba una atmósfera de feria de pueblo. Había tenderetes en los que se vendían reliquias dudosas, pelos y estameñas de estambre de sotanas de iluminados o santones como el padre Méndez y cuentas de rosario, hechas con ramas aromáticas de color violeta y garbanzos de cinamomo. La gente jesuseaba un credo o un paternóster para ganar el jubileo y, entre el tráfigo de los curiosos y el menudeo de los vendedores, se abrían paso los penitentes y los empalados.

EN CUARESMA O POR ROGATIVAS

Con ocasión de cualquier rogativa urgente, en los viernes de Cuaresma o bien entre la tarde del Jueves Santo y la mañana del Viernes Santo, se daban cita en aquellos parajes las cofradías del

Santo Crucifijo de San Agustín, Nuestra Señora del Traspaso de San Benito de la Calzada o los «negros» de la Virgen de los Ángeles... Los penitentes llevaban sus camisas de angeo curado, algunas de color crema, otras moradas, todas largas hasta el suelo, sujetas por cordones franciscanos y abiertas por detrás para recibir la «disciplina» con un manojo de cuerdas coronadas con rodezuelas o trozos de vidrio incrustados en cera reseca. Iban atizándose de lo lindo, dispuestos a quedarse sin espaldas si era necesario con tal de dar ejemplo en la imitación de los dolores de Cristo, como si la posibilidad de vivir en el paraíso dependiera de la rabia con la que se golpeasen a sí mismos ese preciso día. Algunos iban encadenados y arrastraban los pies, con los tobillos atrapados por grilletes de cuatro o cinco eslabones, atravesando con sus plantas descalsas unos angostos y serpenteantes arroyuelos llenos de bardoma y verdina. La propia sangre iba derramándose y diluyéndose en el agua sucia, formando charcos de colores ocre. También estaban los empalados, amarrados por los antebrazos a un madero hinchado que apoyaban sobre su propia nuca. Caminaban encorvados, cercheados por el peso, como los arquillos y arcaduces del acueducto que dejaban correr el agua a regañadientes por cañerías sin calafatear, taponadas de cal y arena.

Algunos frailes de órdenes desconocidas braceaban dando añagazas, instaban a constricciones urgentes y amenazaban con maldiciones apocalípticas. También se dejaban notar unos monjes que leían cartas que, según decían, habían salido del mismísimo puño y letra de la virgen, aunque los evangelios no recogieran que la madre de Jesús hubiera escrito en su vida una sola línea, ni siquiera que supiera escribir en arameo. Los criados de la nobleza ejercían de chambelanes, ayudaban a decir las misas y de paso vigilaban que nadie robara las piezas de arte de los oratorios de sus amos, cedidas para ornamentos de los altares portátiles que presidían cada estación: doseles y sitiales efímeros, aras de jaspe, pedestales de piedra del color del albero de Alcalá que se apoyaban en los muros de las iglesias y por el que parecían escalar, como helechos por las tapias de los conventos, ramilleteros de seda, floreros con arabescos, relicarios de ébano con efigies de santos y peanas con cabezas de angelitos mofletudos. Cuando el altar se apoyaba en algún tapial, como si fueran imaginarios retablos de madera, se colocaban bajo improvisados doseletes figuras de marfil del niño Jesús, láminas de alabastro con las tentaciones de san Francisco y lienzos flamencos

de eccehomo. De vez en cuando se levantaban ráfagas de viento del este y el batondeo de los tafetanes y los frontales de damasco carmesí de los altares portátiles causaban efectos hipnóticos.

Así se llegaba, sobre una grada de escalones, a un templete de ladrillo abierto por los cuatro costados y rematado por arcos ojivales y una bóveda que, a modo de humilladero, mandó levantar en 1482 el asistente de Sevilla, Diego de Merlo, algunos años antes del propio viaje a Jerusalén del primer Marqués de Tarifa. Como describe el catedrático de arte José Roda Peña, «una columna de mármol blanco, rematada por un capitel corintio y una cruz latina del mismo material, en cuyo frente figura un crucificado y en su reverso, una dolorosa erguida, con las manos unidas, en altorrelieve de excelente calidad artística». Allí llegaban los fieles para rezar, desde la misma escalinata, al sereno Cristo y a la hierática dolorosa que sobre ambas caras de la pétrea cruz labrada en piedra Juan Bautista Vázquez, *el Viejo*, maestro de Juan Martínez Montañés.

EL RENOMBRE DEL SANTO CRUCIFIJO

Fue aquí donde empezó a ganarse a pulso su brillante renombre el Santo Crucifijo de San Agustín, que ya procesionaba cada Viernes Santo desde 1380 desde su templo al templete, primero portado por un sacerdote, luego con horquillas por varias personas y finalmente, en las primeras andas procesionales que constituyeron los precedentes de los pasos. Así protagonizó el 25 de marzo de 1525 el primero de los milagros de los que tenía constancia el abad Gordillo: «Estando la ciudad de Sevilla atravesando una gran sequía y falta de agua, sacando con tiempo claro la imagen del Santo Cristo en procesión y llevándolo al Humilladero de la Cruz, fue tanta el agua que llegando allí cayó del cielo, que no pudo volver la procesión y se quedó aquella noche y otro día...». Desde entonces fue costumbre gritar «¡Misericordia, Señor Nuestro!», en memoria de la voz que alzó un muchacho desde lo alto de los Caños de Carmona, justo antes de la aparición de la lluvia y de su propia desaparición de tan sobrenatural escenario...

Las disposiciones del Sínodo de 1604 que fijaban el orden, el itinerario y las horas de salida no afectaron a la hermandad del Cristo de San Agustín, como tampoco lo hizo el expediente para la reducción de cofradías de 1623. Como afirmó el historiador Montero de

Espinosa, «se previene que continúe su procesión de disciplina a la Cruz del Campo, conforme a su primera fundación y su uso antiguo».

Tras la reorganización de la hermandad del Santo Crucifijo en 1875 reanudó sus estaciones a la Cruz del Campo, destacando la realizada el domingo 14 de marzo de 1894, según el diario *La Andalucía*, entre las cinco y media de la tarde y las diez de la noche, con la participación de un gran número de devotos de ambos sexos que «componían el severo y silencioso cortejo» y la incorporación de la infanta María Luisa Fernanda, que «acudió en su carruaje a las inmediaciones de la Puerta Carmona».

La última salida de la talla gótica tuvo lugar el domingo de Cuaresma 14 de marzo de 1926, discurriendo desde la parroquia de San Roque en dirección a la primera estación del viacrucis en la plaza de Pilatos. No fue posible llegar al humilladero de la Cruz del Campo por estar en obras la antigua calzada de Carmona, que por entonces recibía el nombre de calle Oriente y poco después se convertiría en la avenida Luis Montoto.